



MAS

MUSEO DE ARTE
MODERNO Y CONTEMPORÁNEO
DE SANTANDER Y CANTABRIA



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE



M A S / M U S E O D E A R T E
M O D E R N O Y C O N T E M P O R Á N E O
D E S A N T A N D E R Y C A N T A B R I A

C/Rubio 6 - 39001 SANTANDER

De martes a sábado: de 10:30 a 13:30 y de 17:30 a 21:00 Domingos y festivos: de 11:00 a 13:30

Teléfono: +34 942 203 120 / 942 203 121 Fax: +34 942 203 125

E-mail: museo@ayto-santander.es Facebook: www.facebook.com/museoMASsantander

MAS

MUSEO DE ARTE MODERNO Y CONTEMPORÁNEO DE SANTANDER Y CANTABRIA

OTRAS MIRADAS

De 19 de octubre al 9 de diciembre de 2012

Organización y producción: Biblioteca Nacional / Acción Cultural Española / MAS, Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria

Comisario: Juan Manuel Bonet

El MAS, Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria, acoge, a partir de hoy, 19 de octubre, la exposición *Otras Miradas* dentro de la tercera y última fase de la muestra organizada por la Biblioteca Nacional y Acción Cultural Española. Así, el EspacioMeBAS expondrá *Perro ladrando a la luna* y *El cajista*, dos óleos de Antonio Quirós propiedad del Museo, que estarán acompañados por el manuscrito *Elegía a María Blanchard*, de Federico García Lorca, propiedad de la BNE.

Con motivo de la celebración de su Tricentenario, las obras de la Biblioteca Nacional de España salen al encuentro de museos nacionales y autonómicos en busca de otros visitantes, otros espacios, otras miradas. Con el objetivo de que quien no pueda acercarse a la sede de la Biblioteca Nacional en Madrid pueda participar también de este acontecimiento, la BNE y ACE han tenido esta iniciativa en la que manuscritos, dibujos, grabados, lienzos, mapas, fotografías y libros entablan un diálogo con piezas de más de una treintena de instituciones españolas.

En esta tercera y última etapa, *Otras miradas* llegará, a partir del 9 de octubre y hasta el 9 de diciembre, al Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria, el Museo Provincial de Albacete, el Museu Picasso de Barcelona, el Museo de Bellas Artes de Granada, el Museo Würth La Rioja, Museo de Arqueología e Historia de Melilla, el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, el Museo de Bellas Artes de Murcia, Es Baluard Museu d'Art Modern i Contemporani de Palma, el Museo de Bellas Artes de Sevilla, el Tenerife Espacio de las Artes de Tenerife y el Museo de Santa Cruz de Toledo.

La primera fase se inauguró el pasado 23 de mayo en diez museos de Madrid (el Museo Nacional del Prado, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, el Museo Thyssen-Bornemisza, el Museo Lázaro Galdiano, el Museo del Romanticismo, Palacio Real, el Museo de Ciencias Naturales, el Museo de Historia de Madrid, el Museo de América y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando) y fue clausurada el 8 de julio, a excepción del Museo del Prado que se prolongó hasta el 19 de septiembre. La segunda fase de la exposición fue acogida por el Museo de Bellas Artes de A Coruña, el Museo de Bellas Artes de Bilbao, el Museo de Bellas Artes de Asturias, el Museo de Bellas Artes de Navarra, el Museo Nacional de Escultura de Valladolid, el Museo de Bellas Artes de Zaragoza y el Museo Nacional González Martí de Valencia entre el 17 de julio y el 23 de septiembre.

En el año del centenario del nacimiento del artista cántabro Antonio Quirós (Santander, 1912 - Londres, 1984), el MAS ha querido recordarle de nuevo -tras la muestra de toda su obra en el año 1999 y el homenaje de este mismo año con la exhibición de varias pinturas del período artístico de los años treinta y la celebración de eventos poéticos y musicales- en este proyecto que implica, por primera vez en nuestro país, a casi una treintena de instituciones en una exposición conjunta bajo la supervisión de Juan Manuel Bonet, comisario de las tres fases de la muestra.

El cajista (1933), donado por Domingo Lastra Santos y M^a Rosario Valdor, es una de las obras del pintor del antes tardocubista. Pocas son las obras que han llegado hasta nosotros de esta época, pero las suficientes para conocer cuáles eran sus inquietudes e intenciones. El hecho de que Quirós las lleve a cabo con tan sólo veintiuno o veintidós años, ya evidencia su valiente y abierto carácter moderno. ***Perro ladrando a la luna*** (1935) entró a formar parte de la colección particular del MAS gracias a la donación de la familia De La Lastra Santos. Esta obra maestra, punto de encuentro entre pintor y poeta, que tiene su razón de ser en la figura y obra de García Lorca, es una pieza clave en la historia de la pintura en Cantabria del siglo XX.



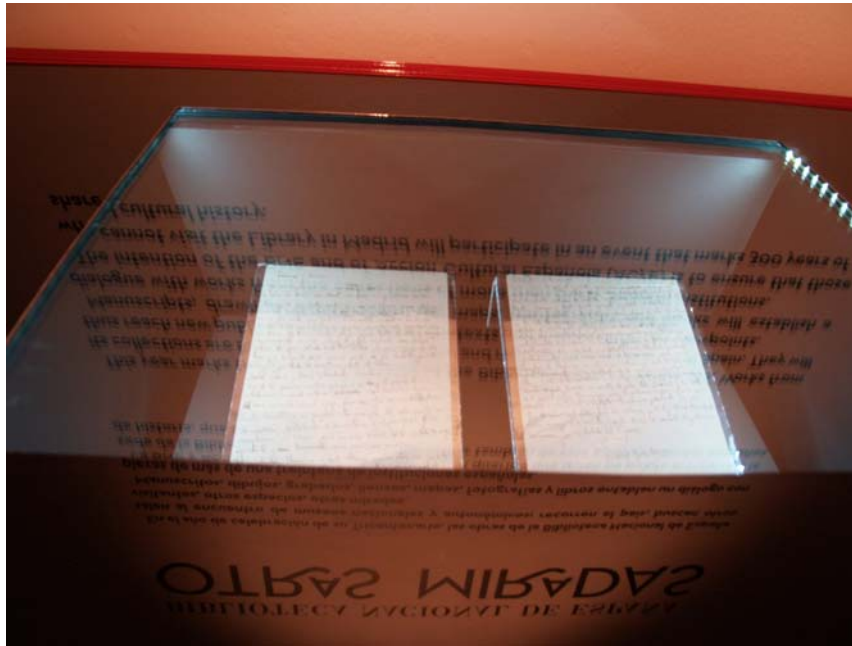
Antonio Quirós: "El cajista" (1933)



Antonio Quirós: "Perro ladrando a la luna" (1935)

OBRAS DE LA BNE EN DOCE MUSEOS DEL PAÍS

Santander es una escala más de esta exposición que propone un diálogo entre obras de la Biblioteca Nacional y piezas de distintos museos españoles. La última etapa de ***Otras miradas*** llegará, a partir del 9 de octubre y hasta el 9 de diciembre, también a Albacete, Logroño, Melilla, Mérida, Murcia, Palma de Mallorca, Sevilla, Tenerife y Toledo. El Museu Picasso de Barcelona comenzó el diálogo el pasado 18 de septiembre y el Museo de Bellas Artes de Granada la inaugurará el próximo 30 de octubre.



Además del manuscrito *Elegía a María Blanchard*, de Federico García Lorca, las piezas prestadas por la BNE en esta tercera fase son las siguientes:

El dibujo de Alberto *Máscara* que se verá en el Museo Provincial de Albacete dialogará con *Retrato de Alberto*, de Benjamín Palencia.

La estampa de *Las Meninas*, de Francisco de Goya se expone en el Museu Picasso de Barcelona con dos obras de Pablo Picasso: *Boceto para 'Las Meninas'* y *Copia de un retrato de Felipe IV* pintado por Velázquez hacia 1653.

Llanto por Ignacio Sánchez Mejías, de Federico García Lorca, se verá en el Museo de Bellas Artes de Granada junto al óleo sobre lienzo *Arcos negros*, de José Guerrero.

Carte la plus Générale et qui comprend la Chine, la Tartarie Chinoise et le Thibet de Jean Baptiste Bourguignon d'Anville (1734) viajará al Museo Würth La Rioja (Logroño) para mantener un diálogo con el lienzo de Gao Xingjian *La Fruite*.

Los Museos de Las Peñuelas (Museo de Arqueología e Historia) de Melilla acogerán el *Discurso de los brigadieres Don Pedro Lucuze y Don Pedro Zermeño, sobre conservar ó abandonar los tres presidios menores*, por Pedro Lucuze, para encontrarse con el *Plano de la Plaza de Melilla y de sus fortificaciones*, de Juan Caballero y Arigorri.

El dibujo de Fernando Rodríguez *Teatro romano de Mérida* mantendrá un diálogo, en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, con el busto de *Augusto velado*.

El Museo de Bellas Artes de Murcia recibirá *Aires murcianos, primera serie*, de Vicente Medina, y se expondrá junto al óleo *Un día más* de Inocencio Medina Vera.

La *Tarjeta postal de Jorge Luis y Norah Borges a Adriano del Valle*, llegará a Es Baluard Museu d'Art Modern i Contemporani de Palma donde mantendrá un dialogo con el fresco de Norah Borges *Sin Título*.

Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas de Francisco Pacheco llegará al Museo de Bellas Artes de Sevilla al encuentro del óleo *Hugo en el refectorio* de Francisco de Zurbarán.

El Museo de La Plata: rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo de Francisco P. Moreno se verá en Tenerife, en el TEA (Tenerife Espacio de las Artes), con la obra de René Magritte *L'ombre terrestre*.

Y por último, el Museo de Santa Cruz de Toledo enfrentará *La Verónica con la Santa Faz* de El Greco con la obra de la BNE *El Greco* de Manuel B. Cossío.

Texto íntegro del folleto de Juan Manuel Bonet:

Federico García Lorca (Fuentevaqueros, Granada, 1898 - Víznar, Granada, 1936) fue un rendido admirador de María Blanchard (seudónimo de María Gutiérrez Blanchard, Santander, 1881 - París, 1932), la doliente pintora cubista cántabra. En esto el granadino seguía al faro máximo de nuestras vanguardias, me refiero naturalmente a Ramón Gómez de la Serna, que había incluido a esta pombiana, y a su condiscípulo -y también adicto al café- el mexicano Diego Rivera, en su muestra madrileña de 1915 *Los pintores íntegros*. A su temprana muerte, ambos escritores estuvieron entre quienes la lloraron, participando, en el Ateneo de Madrid, en un homenaje póstumo a su memoria, en compañía del crítico de arte Manuel Abril –otro pombiano de la primera hora–, y a la novelista cántabra Concha Espina, prima de la pintora. Años después, Gómez de la Serna escribiría un gran retrato de la pintora.

En cuanto a la intervención del poeta, *Elegía a María Blanchard*, está recogida en un manuscrito de seis hojas, por él regalado a la mujer del guitarrista Regino Sáinz de la Maza, hija precisamente de Concha Espina. El manuscrito pertenece desde 1988 a la Biblioteca Nacional, que aporta con él, el punto de partida del presente diálogo. El recordado Miguel García-Posada lo retituló, en su edición de las Obras Completas, *Pequeña elegía a María Blanchard*.

Empieza así: «Señoras y señores: Yo no vengo aquí ni como crítico ni como conocedor de la obra de María Blanchard, sino como amigo de una sombra. Amigo de una dulce sombra que no he visto nunca, pero queme ha hablado a través de unas bocas y unos paisajes por donde nunca fue nube, paso furtivo, o animalito asustado en un rincón». Se compara luego el caso de la pintora, con el del uruguayo Rafael Barradas, tan amigo del poeta, y tan admirado asimismo por él, y se afirma que «la lucha de María Blanchard fue dura, áspera, pinchosa, como rama de encina, y sin embargo, no fue nunca una resentida, sino todo lo contrario, dulce, piadosa y virgen». Con palabras auténticamente emocionantes, en las cuales se busca el paralelismo con «el gran Falla», se alude a la fase final mística por la cual atravesó la homenajead. Aquel mismo año, García Lorca volvió a homenajear a la pintora, en sendas conferencias en Santiago de Compostela, y Lugo.

Errante con su grupo teatral La Barraca, Federico García Lorca llegó con él a Cantabria, invitado por la recién fundada (en 1932) Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Un primer viaje en 1933, seguido de otro al año siguiente, y de un tercero y último en 1935. Fue en el segundo de esos viajes cuando el poeta, entonces en el cénit de su fama, conoció a un pintor joven, Antonio Quirós (Santander, Cantabria, 1912 - Londres, 1984), sobrino precisamente de María Blanchard, que había sido la influencia predominante durante la primera fase de su producción, como puede apreciarse en un cuadro tan bien traído como *El cajista* (1933) –primera obra propuesta en la presente ocasión–, en *L'infirmier des fous* (1933-1934), titulado así, en francés, y en el retrato del poeta cántabro Jesús Cancio, también de esos años. La obra del benjamín le llamó poderosamente la atención al senior. Pronto, la influencia lorquiana sería determinante en Quirós –Salvador Carretero Rebés, director del MAS, ha hablado en varias ocasiones, a mi juicio muy pertinentemente, de una etapa lorquiana en su trabajo–, y especialmente en ese prodigio de esencialidad y de poesía –de duende lorquiano ha hablado a su propósito un Carretero nuevamente pertinente– que es *Perro ladrando a la luna* (1935), el segundo cuadro aquí mostrado, de dominante verde. Prodigioso, sobre todo, el modo que tiene Quirós, con sólo veintitrés años, de asimilar el lenguaje surrealista, y más atrás en el tiempo, metafísico, chiri-quiano, haciéndolos compatibles con esa veta popularista que era especialidad del granadino, y eligiendo como escenario Cantabria, y en concreto la bahía santanderina, contemplada a una luz lunar a propósito de la cual hay que recordar que en su elegía blanchardiana, el poeta hace referencia a la luz de la luna, y a la gran poesía lunar de Juan Ramón Jiménez. Lorquiano es asimismo, de un modo todavía más directo, más romancero, *Muerte del Camborio* (1935), cuadro lógicamente presidido por un tricordio de guardia civil.

Aquel mismo año el pintor colaboró con una representación de La Barraca –aquella era, como lo he indicado, la tercera y última tournée cántabra de la compañía– de la cual estuvo ausente el poeta, sustituido para la ocasión, por mediación de Gerardo Diego, por el recitador cántabro Pío Muriedas, Pío Fernández Cueto.

Si la vida de García Lorca iba a quedar brutalmente truncada por su asesinato en la localidad granadina de Víznar en el verano de 1936, la de Quirós tampoco iba a ser sencilla, sino más bien todo lo contrario. Tras combatir en las filas del Ejército republicano, marchó al exilio francés, colaboró con la Resistencia, frecuentó tertulias artísticas y literarias en el París de la posguerra –de esa época data su amistad con el raro poeta Rafael Lasso de la Vega, marqués ful de Villanova–, dio a su pintura, siempre contenida, un giro expresionista, y finalmente decidió regresar a la península, donde alcanzaría un cierto reconocimiento, dentro de lo que se ha dado en llamar *Escuela de Madrid*.

María Blanchard, recordada este año por una gran exposición (comisaria: María José Salazar) en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, de la cual en primicia Santander ha podido contemplar, en la Fundación Marcelino Botín, su capítulo cubista. Federico García Lorca, el poeta clave de la generación del 27, siempre tan cercano a las artes plásticas, e inspirado dibujante él mismo. Y Antonio Quirós, singularísimo pintor un tanto olvidado, cuyo centenario se celebra precisamente este año, y del que ahora recordamos sus períodos blanchardiano, y lorquiano. Tres protagonistas excepcionales de lo que, más que un diálogo, es un trílogo, sobre el fondo verde de una ciudad y una bahía maravillosamente dichas por el pintor en su nocturno perruno y lunar...

Elegía a M^a Blanchard de Federico García Lorca

Señoras y señores:

Yo no vengo aquí, ni como crítico ni como conocedor de la obra de María Blanchard, sino como amigo de una sombra. Amigo de una dulce sombra que no he visto nunca pero que me ha hablado a través de unas bocas y de unos paisajes por donde nunca fue nube, paso furtivo o animalito asustado en un rincón. Nadie de los que me conocen pueden sospechar esta amistad mía con María Gutiérrez Cueto, porque jamás hablé de ella, y aunque iba conociendo su vida a través de relatos originales, siempre volvía los ojos al otro lado, como distraído, y cantaba un poco porque no está bien que la gente sepa que un poeta es un hombre que está siempre ¡por todas las cosas! a punto de llorar. ¿Usted conocía a María Blanchard? Cuénteme...

Uno de los primeros cuadros que yo vi en la puerta de mi adolescencia, cuando sostenía ese dramático diálogo del bozo naciente con el espejo familiar, fue un cuadro de María. Cuatro bañistas y un fauno. La energía del color puesto con la espátula, la trabazón de las materias y el desenfado de la composición me hicieron pensar en una María alta, vestida de rojo, opulenta y tiernamente cursi como una amazona.

Los muchachos llevan un carnet blanco, que no abren más que a la luz de la luna, donde apuntan los nombres de las mujeres que no conocen para llevarlas a una alcoba de musgos y caracoles iluminados, siempre en lo alto de las torres. Esto lo cuenta Wedekind muy bien y toda la gran poesía lunar de Juan Ramón está llena de estas mujeres que se asoman como locas a los balcones y dan a los muchachos que se acercan a ellas una bebida amarguísima de tuétano de cicuta. Cuando yo saqué mi cuartilla para apuntar el nombre de María y el nombre de su caballo me dijeron: Es jorobada.

Quien ha vivido como yo y en aquella época en una ciudad tan bárbara bajo el punto de vista social como Granada, cree que las mujeres o son imposibles o son tontas. Un miedo frenético a lo sexual y un terror al "que dirán" convertían a las muchachas en autómatas paseantes, bajo las miradas de esas mamás fondonas que llevaban zapatos de hombre y unos pelitos en el lado de la barba. Yo había pensado con la tierna imaginación adolescente que quizá María, como era artista, no se reiría de mí por tocar al piano 'latazos clásicos', o por intentar poemas, no se reiría, nada más, con esa risa repugnante que muchachas y muchachos y mamás y papás sucios tenían para la pureza y el asombro poético, hasta hace unos años, en la triste España del 98.

Pero María se cayó por la escalera y quedó con la espalda combada expuesta al chiste, expuesta al muñeco de papel colgado de un hilo, expuesta a los billetes de lotería. ¿Quién la empujó? Desde luego la empujaron; 'alguien', Dios, el demonio, alguien ansioso de contemplar a través de pobres vidrios de carne la perfección de un alma hermosa.

María Blanchard viene de una familia fantástica. El padre, un caballero montañés, la madre una señora refinada; de tanta fantasía que casi era prestidigitadora. Cuando anciana iban unos niños amigos míos a hacerle compañía y ella, tendida en su lecho, sacaba uvas, peras y gorriones de debajo de la almohada. No encontraba nunca las llaves y todos los días tenía que buscarlas y las hallaba en los sitios más raros, por debajo de las camas o dentro de la boca del perro. El padre montaba a caballo y casi siempre volvía sin él, porque el caballo se había dormido y le daba lástima el despertarlo.

Organizaba grandes cacerías sin escopetas y se le borraba con frecuencia el nombre de su mujer. En esta distracción y este dejar correr el agua, María Gutiérrez se iba volviendo cada vez más pequeña, una mano le tiraba de los pies y le iba hundiendo la cabeza en su cuerpo como un tubo de 'Don Nicanor que toca el tambor'.

En este tiempo que corresponde a la apoteosis final de Rubén, vi yo el único retrato de María que he visto, y era una criatura triste, no sé de quién, en la que está al lado de Diego Rivera el pintor mexicano, verdadera antítesis de María, artista sensual que ahora, mientras que ella sube al cielo, él pinta de oro y besa el ombligo terrible de Plutarco Elías Calles.

En la época en que María vive en Madrid y cobija en su casa a todo el mundo, a un ruso, y a un chino, a quien llame a la puerta, presa ya de este delicado delirio místico que ha coronado con camelias frías de Zurbarán su tránsito en París.

La lucha de María Blanchard fue dura, áspera, pinchosa, como rama de encina, y sin embargo no fue nunca una resentida, sino todo lo contrario, dulce, piadosa, y virgen.

Aguantaba la lluvia de risa que causaba, sin querer, su cuerpo de bufón de ópera, y la risa que causaban sus primeras exposiciones, con la misma serenidad que aquel otro gran pintor, Barradas, muerto y ángel, a quien la gente rompía sus cuadros y él contestaba con un silencio recóndito de trébol o de criatura perseguida.

Aguantaba a sus amigos con capacidad de enfermera, al ruso que hablaba de coches de oro, o contaba esmeraldas sobre la nieve, o al gigantón Diego Rivera que creía que las personas y las cosas eran arañas que venían a comerlo, y arrojaba sus botas contra las bombillas y quebraba todos los días el espejo del lavabo.

Aguantaba a los demás y permanecía sola, sin comunicación humana, tan sola, que tuvo que buscar su patria invisible, donde corrieran sus heridas mezcladas con todo el mundo estilizado del dolor.

Y a medida que avanzaba el tiempo, su alma se iba purificando y sus actos adquiriendo mayor trascendencia y responsabilidad. Su pintura llevaba el mismo camino magistral, desde el cuadro famoso de *La primera comunión* hasta sus últimos niños y maternidades, pero atormentada por una moral superior daba sus cuadros por la mitad del precio que le ofrecían, y luego ella misma componía sus zapatos con una bella humildad.

La vida y pasión de Cristo fue tomando luz en su vida y, como el gran Falla, buscó en ella norma, dogma y consuelo. No con beatería, sino con obras, con grave dolor, con claridad, con inteligencia. Lo más español de María Blanchard es esta busca y captura de Cristo, Dios y varón realísimo; no al modo de la fantástica Catalina de Siena que se llega a casar con el niño Jesús y en vez de anillos se cambian corazones, sino de un modo seco, tierra pura y cal viva, sin el menor asomo de ángeles o milagro.

Su cintura monstruosa no ha recibido más caricia que la de ese brazo muerto y chorreando sangre fresca, recién desclavado de la cruz. 'Ese mismo brazo fue el que, lleno de amor, la empujó por la escalera para tenerla de novia y deleite suyo, y esa misma mano la ha socorrido en el terrible parto, en que la gran paloma de su alma apenas si podía salir por su boca sumida. No cuento esto para que meditéis su verdad o su mentira, pero los mitos crean al mundo, y el mar estaría sordo sin Neptuno y las olas deben la mitad de su gracia a la invención humana de la Venus.

Querida María Blanchard: dos puntos... dos puntos, un mundo, la almohada oscurísima donde descansa tu cabeza...

La lucha del ángel y el demonio estaba expresada de manera matemática en tu cuerpo.

Si los niños te vieran de espaldas exclamarían: "¡La bruja, ahí va la bruja!". Si un muchacho ve tu cabeza asomada sola en una de esas diminutas ventanas de Castilla exclamaría: "¡El hada, mirad el hada!". Bruja y hada, fuiste ejemplo respetable del llanto y claridad espiritual. Todos te elogian ahora, elogian tu obra los críticos y tu vida tus amigos. Yo quiero ser galante contigo en el doble sentido de hombre y de poeta, y quisiera decir en esta pequeña elegía, algo muy antiguo, algo, como la palabra 'serenata', aunque naturalmente sin ironía, ni esa frase que usan los falsos nuevos de 'estar de vuelta'. No. Con toda sinceridad. Te he llamado jorobada constantemente y no he dicho nada de tus hermosos ojos, que se llenaban de lágrimas, con el mismo ritmo que sube el mercurio por el termómetro, ni he hablado de tus manos magistrales.

Pero hablo de tu cabellera y la elogio, y digo aquí que tenías una mata de pelo tan generosa y tan bella que quería cubrir tu cuerpo, como la palmera cubrió al niño que tú amabas en la huida a Egipto. Porque eras jorobada, ¿y qué? Los hombres entienden poco las cosas y yo te digo, María Blanchard, como amigo de tu sombra, que tú tenías la mata de pelo más hermosa que ha habido en España.